

RANCHEROS Y SOCIEDADES RANCHERAS

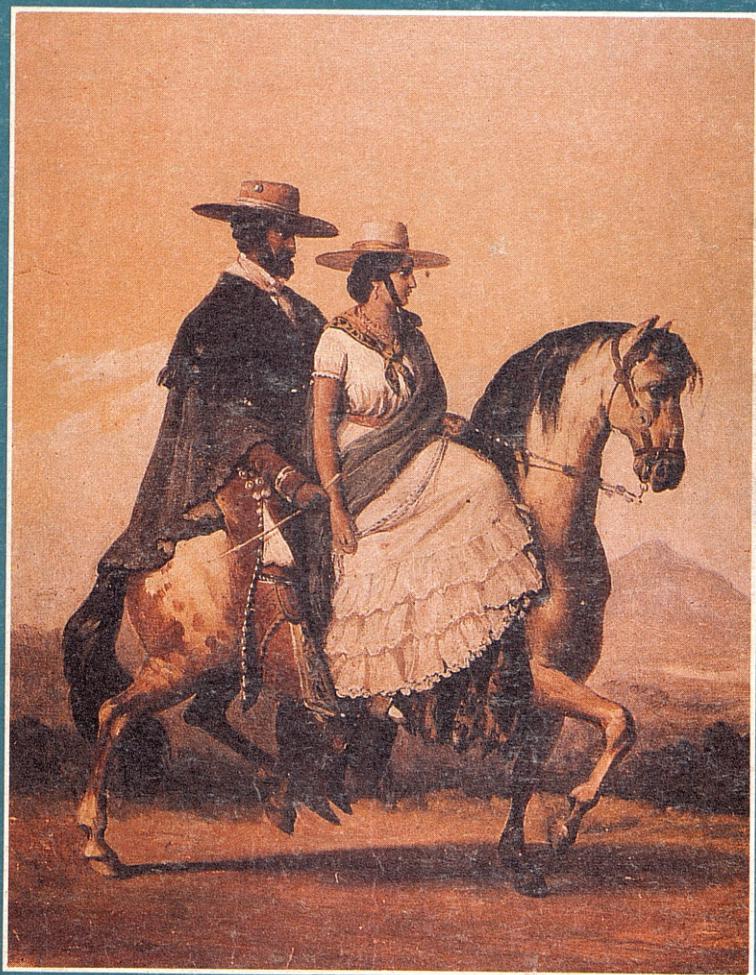
Esteban Barragán López

Odile Hoffmann

Thierry Linck

David Skerritt

COORDINADORES



CEMCA
EL COLEGIO DE MICHOACÁN
ORSTOM

RANCHEROS Y SOCIEDADES RANCHERAS

Esteban Barragán López
Odile Hoffmann
Thierry Linck
David Skerritt
COORDINADORES



El Colegio de Michoacán, A. C.



Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines



Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
PRESENTACIÓN	13
IMÁGENES, PALABRAS Y LUGARES	
La vida ranchera en la literatura, el cine y la historia <i>Luis González y González</i>	23
El vocablo rancho y sus derivados: génesis, evolución y usos <i>Herón Pérez Martínez</i>	33
Los rincones rancheros de México. Cartografía de sociedades relegadas <i>Esteban Barragán López</i> <i>Thierry Linck</i>	57
Identidad en las montañas <i>José Lameiras Olvera</i>	81
Los ranchos de hoy: una visión comparativa <i>Claude Bataillon</i>	99
SOCIABILIDADES RANCHERAS EN CONSTRUCCIÓN	
“Uno es la de todo” <i>Martha Chávez</i>	109

Rancheros en Los Altos de Jalisco en la época colonial <i>Celina Guadalupe Becerra</i>	125
El rancharo, génesis y consolidación <i>David Skerritt</i>	141
Clase y etnicidad entre los rancheros mexicanos del norte de Nuevo México <i>Robert D. Shadow</i> <i>María J. Rodríguez-Shadow</i>	153
Rancheros en Aguascalientes (1920-1930) <i>Edgar Hurtado Hernández</i>	173
DE LA PEQUEÑA A LA GRAN POLÍTICA	
Endogamia en las sociedades rancheras: una opinión médica <i>Guillermo Fernández Ruiz</i>	189
Conformación del poder político de los rancheros en Querétaro (1920-1930) <i>Marta Eugenia García Ugarte</i>	201
Huasteca hidalguense: región ranchera con indígenas <i>Frans Schryer</i>	211
Rancheros y notables en Veracruz: su actuación política en las sociedades locales <i>Odile Hoffmann</i>	219
ABRIENDO NUEVAS FRONTERAS	
Los rancheros del Medio Balsas entre la hacienda y el TLC <i>Eric Léonard</i>	237

Los criadores de becerros frente al mercado de exportación. El caso de los pequeños ganaderos de la sierra sonorenses <i>María del Carmen Hernández Moreno</i> <i>Ernesto Camou Healy</i>	251
Maquila, trabajo femenino y género en Los Altos de Jalisco. Las trabajadoras de Capilla de Guadalupe ante la modernidad <i>Gabriel Orozco Castellanos</i>	273
Rancheros en las ciudades. La organización productiva de los heladeros en Mexxicacán y Tocumbo <i>Martín González de la Vara</i>	287
Los rancheros y la engorda de las tierras flacas <i>Luis Felipe Cabrales Barajas</i>	301
POST DATA... 25 AÑOS DESPUÉS...	
A 25 años del encuentro con “rancheros” <i>David Brading</i>	329

MAPAS

Las principales regiones mencionadas en los artículos	17
El oriente de México, ubicación de los estudios	18
El occidente de México, ubicación de los estudios	19
Densidad de población, 1990	60
Densidad de localidades, 1990	62
Densidad de localidades menores, 1990	65
Un espacio ranchero en Actopan, Veracruz	142
Cuenca media del río Sonora	254
Ubicación de Los Altos de Jalisco	302
Tepatitlán de Morelos. Evolución espacial del tejido urbano	309
Tepatitlán de Morelos. Distribución de la propiedad periurbana	312

FIGURAS

Genealogía 1.1	191
Fig. 1.1 Algunos desórdenes hereditarios de carácter mendeliano que afectan a los adultos	192
Fig. 1.2 Esquema genealógico de transmisión de un desorden autosómico dominante	193
Fig. 1.3 Esquema genealógico de una familia afectada por el síndrome de úlcera péptica	194
Fig. 1.4 Esquema genealógico de transmisión de un desorden autosómico recesivo	195
Fig. 1.5 Esquema genealógico de transmisión de un desorden recesivo ligado al cromosoma "X"	196
Fig. 1.6 Esquema genealógico de transmisión de un desorden dominante ligado al cromosoma "X"	196
Genealogía 1.2	198
Gráfica: Hato y unidades de producción por estratos	259

CUADROS

Estadística de superficies cultivadas, Aguascalientes	174
Hato y unidades de producción por estratos, Sonora	256
Perfil de los inmigrantes rancheros en Tepatitlán	315
Evolución demográfica 1907-1980	325

IDENTIDAD EN LAS MONTAÑAS

José Lameiras Olvera
El Colegio de Michoacán

PARA COMENZAR

En numerosas investigaciones, construcciones conceptuales y teóricas e intentos de interpretación o explicación de fenómenos de carácter diverso, los científicos sociales han apelado a la noción de región para tratar de situar procesos sociales, conformaciones culturales, sucesos, coyunturas, relaciones entre el Estado y la sociedad, el medio rural, los centros urbanos y otros. En el caso particular de la antropología, el paso de los estudios mayoritarios de comunidades indígenas y campesinas al de entidades mayores en el nivel urbano, nacional y aun a investigaciones que tienen como parámetros los espacios de sectores continentales e internacionales, parece no haber sido del todo satisfactorio en términos del manejo y desconocimiento de vastedades geográficas en las que su estructuración social, económica, política y cultural, siendo partes de un todo mayor, como la nación, no se ajustaban a las interpretaciones y generalizaciones sobre la entidad que las contenía.¹

1. Fue quizá dentro de los estudiosos de los fenómenos económicos donde originalmente se iniciarían investigaciones en una dimensión regional, tomando tal noción como un instrumento que los economistas utilizarían para realizar desde la simple descripción a la clasificación, análisis y explicación de las actividades económicas, su estructuración y sus agentes.

Mas en el caso de los geógrafos, los sociólogos, los antropólogos y un sector naciente de los historiadores, lo regional no trascendió conceptual e inicialmente la simple necesidad de descripción de los datos obtenidos.

Con el tiempo, la diversidad y comparación de estudios inspirados en la región, concebida bajo criterios diversos pero relacionables, como los de indole biológica, geográfica, historiográfica, economiológica, jurídica, política, cultural y aun lógico-deductiva, el concepto de región y su aplicación a realidades concretas a nivel sincrónico y diacrónico ha sido de gran utilidad para numerosos investigadores en la definición y delimitación de un espacio predilecto de investigación.

La tarea no ha sido fácil, ha requerido del acrecentamiento del número y calidad de las investigaciones, de la crítica sobre su viabilidad relativa y de la aceptación de que lo regional está sujeto a una variabilidad temporal y tiene un carácter político en relación "al enfoque y a la problemática planteada en cada investigación" (De la Peña, Guillermo, 1981).

En un trabajo anterior consideré que

lo fronterizo como lo regional constituyen límites, comienzos y términos de relaciones. Como las regiones, las fronteras pueden ser naturales o artificiales. Los criterios geográficos y biológicos son idóneos para delimitar las primeras; los de carácter histórico, cultrológico, politológico y demás criterios científico-sociales, inter o extrarregionales [...] lo son para demarcar las segundas (Lameiras, 1990).²

Por lo que respecta a la identidad se presentan otros problemas. Como la región, la identidad tiene raíces en el tiempo y, a su nivel, ha supuesto igualmente largas discusiones. Desde el campo de la filosofía, las opciones conceptuales constituyen una tríada: dos de ellas son complejas e inadecuadas para una interpretación de la identidad en términos de sociedad y cultura.³ Una tercera se presta, por su viabilidad y flexibilidad, a la descripción, clasificación y postulaciones hipotéticas de las identidades en las sociedades humanas. Esta se basa en la calidad de la identidad como convención, a partir de diversos criterios; en tal caso, no obstante

no se puede afirmar de una vez por todas el significado de la identidad o el criterio para reconocerla, [...] se puede, en el ámbito de un determinado sistema lingüístico determinar de modo convencional, pero apropiado, tal criterio [...] lo importante es declarar, cuando se habla de identidad, el criterio que se adopta o al que se hace referencia (Abagnano, 1987).

Para estimular la imaginación sobre la problemática de la región y de la identidad —en este caso la de unos rancheros montañeses— he recurrido a la metáfora, relacionando esas cuestiones con elementos de la composi-

2. Por otro lado, “regiones y fronteras comparten [...] situaciones de inestabilidad y aquí se incluyen tanto las naturales como las artificiales: un fenómeno meteorológico o una catástrofe natural son capaces de transformar regiones y fronteras naturales. La intervención del Estado, los fenómenos demográficos, la migración, los cambios en las formas peculiares de vida, la estructuración económica y política y también los cambios en la cosmovisión y los sistemas simbólicos provocan la reestructuración regional o fronteriza. Región y frontera implican, por otro lado, lo que está enfrente, lo contrastante, diferente, particular y específico, un freno y una identidad” (*Ibid*).
3. La que la establece desde Aristóteles en términos de “unidad de sustancia” y la que la considera con Leibniz como “sustituibilidad”.

ción musical.⁴ En tal forma, hago referencia a espacio, historicidad, cambio y alternancia periódica de elementos de un proceso, orden de articulación de situaciones, hechos y asuntos continentales y contenidos (como sucesos inter e intrarregionales), formas sucesivas de integración y participación cultural como criterios para tratar de concebir región e identidad y su interrelación.

En lo que sigue me ocuparé de plantear algunos aspectos sobresalientes de los diversos sistemas sociales y culturales que clasificamos como rancheros; los que pueden ser observados, descritos, sintetizados e interpretados individualmente, al mismo tiempo que son susceptibles de relacionar entre sí hasta lograr la visión de un todo o una conformación global de índole social y cultural. Esto supone ocuparse de “el hombre y sus obras”, de las diversas actividades que realiza física y mentalmente la gente y la sociedad a la que pertenece. Mas el universo material, del orden físico y biológico, que es continente y condicionante de tales actividades, está por ello indisolublemente ligado a las artificialidades y comportamientos que se detectan en cualquier grupo humano. Aquel es,

4. “Como la historia, también las regiones tienen un *ritmo*, una alternancia periódica de elementos de un proceso, un orden en el que se articulan hechos en el tiempo, mediante la sucesión regular de acontecimientos, situaciones y coyunturas. Lo regional y lo histórico pueden ser observados en los confines de la *armonía*, en el sentido de la lógica que exhiben la simultaneidad de los hechos atendiendo a los *acordes* (léase características y modos de integración regional), sus *intervalos* y relación con “notas extrañas” a tales acordes (léase hechos ajenos, extrarregionales) que, sin pertenecer a los modos de integración regional, sustituyen a algunos de los originados en su ámbito. No parece inadecuada la imagen de la *melodía*, en cuanto la región puede verse, constitutivamente, como una sucesión de hechos (notas en términos musicales) que componen un periodo completo y constituyen el elemento vertical –temporal– del espacio regional. Dentro de esta última figura... puede decirse que en la composición regional (y en su proceso) uno puede hablar de “monofonía”, “polifonía” y “homofonía” (apoyo de la constitución armónica regional en otras armonías)” (Lameiras, 1990).

En cuanto a los *tempos* regionales puede uno pensar en los “andantes”, “maestros”, “cantables” y “allegros”. Convencionalmente es adecuado también asociar a un espacio territorial un *compás* temporal de integración o disolución, un *ritmo* con que discurre, a manera de una obra teatral, la vida de una comunidad en un espacio y una temporalidad acotada internamente y condicionada externamente. La idea del “*primo tempo*” es sugerente para apreciar el proceso de formación regional y su sustancia de sociedad con una identidad inicial que, tras cambios perturbadores, retoma su dirección original asimilando o refuncionalizando en su favor las alteraciones que le llegan del exterior. Mas como estima Edward T. Hall (1976), tanto a nivel individual como grupal, la separación territorial y temporal [en el ciclo de vida regional y social] no necesariamente supone otros tipos de separaciones que amenacen la identificación. Tampoco el cambio de edad y *status* [en el ciclo de vida respectivo] suponen una separación de la comunidad como referente de identidad.

por así decirlo, el elemento sustancial de carácter vital que se imbrica con otras formas avanzadas de vida. La calificación de “sustancial y vital” nos remite nuevamente a la región tratada en los términos metafóricos aludidos. Así la región resulta un espacio en el que se presentan modificaciones periódicas y cíclicas en una *comunidad biótica*, que afectan a la actividad y distribución de los individuos pero no al número total. Por lo general los *ritmos* obedecen, igualmente en un sentido vital, a cambios del medio ambiente que suponen un lapso temporal. A veces aparecen como *variaciones* sobre un tema, a veces como “impromptus”.

EL ESCENARIO REGIONAL PREPONDERANTE, RECIPIENTE DE HOMBRES E IDENTIDADES

La constelación de parajes, ranchos, comunidades, pueblos y centros rancheros que nos ocupan, se asientan en la sierra que en general se conoce como Sierra del Tigre, la que se eleva meridionalmente en las proximidades costeras de la Laguna de Chapala. Esta sierra se encuentra con las montañas y conos del Eje Volcánico Transversal, por el rumbo de Mazamitla, que corre ligeramente con inclinación hacia el suroeste y se prolonga hacia el sur hasta la población de Tepalcatepec, tributando con varias corrientes desde su extremo norte al caudal de este río de abundantes aguas. En este extremo septentrional se enlazan otras sierras que igualmente son continentes de rancheros con otras historias. Una muy principal es la de Coalcomán.⁵

Al torcer hacia el suroccidente el montañerío de esa felina sierra linda con el plan de Tierra Caliente en tierras de los municipios de Buenavista y Tepalcatepec, no precisamente montañosas pero sí familiares para nuestros rancheros. Ya en los dominios de la Sierra de Coalcomán se incluyen

5. La Sierra del Tigre comprende espacio jalisciense, bajo la administración municipal de Manuel M. Diéguez y Jilotlán de los Dolores, y tierras michoacanas, en las que rigen los municipios de Cotija y de Tocumbo en sus términos septentrionales del noroeste al sureste y de ahí al suroeste la Sierra del Tigre se va encontrando con cuatro de las nueve piezas regionales de Michoacán consideradas por el maestro Luis González; a saber, una muy pequeña porción del occidente de los valles de Zamora, en los municipios de Régules, Marcos Castellanos y Sahuayo. A ésta sigue el Occidente de las montañas occidentales con tierras montañosas de los municipios de Jiquilpan, Cotija y Tocumbo; luego viene una pequeña fracción del levante de la ladera sur en los dominios municipales de Los Reyes, Peribán y Tancitaro.

espacios de dos municipalidades michoacanas con rancheros: las de Coalcomán y Chinicuila. La parte montañosa del Pacífico y bajos que corresponde a los municipios de Coahuayana y el extremo noroeste del de Coahuayana es igualmente albergue y razón de la existencia de otros tantos núcleos de rancheros.

Para los rancheros de las Sierras del Tigre y Coalcomán son importantes, por ser lugares de asentamiento, de intercambio y aprovisionamiento, de obtención de servicios diversos, de diversión, de locación de parentelas, de santuarios de veneración y demás, municipios y pueblos jaliscienses como La Manzanilla, Concepción de Buenos Aires, Mazamitla, Valle de Juárez, Quitupan, Tamazula, Manuel M. Diéguez (antes Santa María del Oro), Jilotlán, Tecalitlán y Pihuamo. A estos se adenda otro conjunto no menos significativo; este lo compone el centro sureño jalisciense de mayor importancia: Ciudad Guzmán (antes Zapotlán el Grande), Zapotiltic, Tuxpan, Tonila y Tecomán, este último en territorio colimote.

En mayor o menor medida; según la proximidad, las comunicaciones más rápidas o menos difíciles, las urgencias, los medios de que se disponga (desde como viandante, a lomo de bestia o caballo, hasta a bordo de vehículo motorizado), las obligaciones que marcan la cotidianidad o las satisfacciones que derivan del cumplimiento del ritual, las rancheradas de ambas sierras tienen sus centros habituales de relación y encuentro con el exterior, con "los otros". En esta forma, los rancheros de la parte michoacana de la Sierra del Tigre acuden con mayor regularidad a centros como Cotija, Tocuambo y Los Reyes; ocasionalmente a Zamora, a Uruapan y a Apatzingán. Para los que moran en la vertiente occidental de la sierra, en territorio jalisciense, Tepalcatepec (también lugar al que acuden los anteriores), Tecalitlán y Tuxpan (de vez en cuando), Zapotiltic, Tamazula y Ciudad Guzmán son los centros frecuentados. La gente de rancho que habita en la Sierra de Coalcomán resuelve sus necesidades y urgencias en el propio Coalcomán, Tecomán y en la capital colimense, pero en ocasiones llegan a descolgarse, como la

de la Sierra del Tigre, a los centros sureños jaliscienses y aun a la metrópoli de occidente: Guadalajara.

Parecería innecesario haberse referido a los espacios externos a los que, regular u ocasionalmente, acuden los serranos, por lo común encapsulados en sus territorios. Mas la intención es mencionar tras ello que esto supone para ambas rancheradas, no sólo poseer un conocimiento de su propio territorio y de los que lo envuelven –conocimiento que es gradual desde la infancia y que se formaliza ya en la adolescencia por medio de referencias físicas y representaciones mentales compartidas desde la familia y la comunidad a la región– sino originar e ir acrecentando un repertorio de saberes sobre recursos materiales y humanos, el clima regular y los signos de su alternación, las limitaciones y posibilidades de acceso y uso de la tierra y todo lo que está encima de ella.

En buena medida, las montañas, los planos pequeños o grandes que se extienden entre ellas constituyen, tanto un texto que habrá que saber leer, como la sintaxis del mismo: las alturas, posiciones, la flora que los viste, la fauna que los habita, el agua que contienen o de que carecen, los usos de sus árboles y yerbas equivalen a puntos, comas, paréntesis, guiones e interrogaciones que hacen inteligible y comprensible a ese texto, y lo que es más, originan una de las cualidades de la *identidad*. No hay que olvidar que la historia y la autenticidad se asocian más a lugares y paisajes que a los pueblos.

En lo que a recursos naturales se refiere las tierras laborables de buena calidad y en extensiones aceptables son en general escasas. Prácticamente en toda la extensión de la Sierra del Tigre y la de Coalcomán son preponderantes las montañas, los cerros y las barrancas. Las opciones para la agricultura son las laderas, los reducidos planes o los amplios valles con los que excepcionalmente cuentan las montañas occidentales, que albergan tierras de los municipios de Marcos Castellanos, Jiquilpan, Tocumbo y Cotija. En otros casos los planos contienen tierras pobres o de tal permeabilidad que el agua que les cae es absorbida de inmediato. En la mayor parte de las sierras las lluvias son generosas, sobre todo en el verano, no dejan de ser problema en algunas partes en forma de granizadas y tormentas de temporal arrasantes. Luego de los temporales las

sequías agudas son frecuentes. Los climas varían estacionalmente y de acuerdo a las alturas.⁶

No obstante la franca abundancia de bosques y tierras propicias para su crecimiento, los rancheros fijan sus ojos en ellos para sus construcciones domésticas, para combustible y para obtener pastizales clareándolos; son los de fuera, las empresas necesitadas de celulosa, de trementina o de materia prima para construcción o elaboración de muebles y otros objetos los que los explotan. Todas estas condiciones llevan a los rancheros a practicar sobresalientemente la ganadería y en lo posible la agricultura. El medio da, en lo general, recursos cinegéticos y en varias partes frutos silvestres para componer la dieta.

Un último e importante recurso, tal cual es el que representa la gente como fuerza de trabajo, no es precisamente abundante, la población ranchera más bien tiende a ser escasa en total y respecto a la extensión territorial que ocupa. Un ejemplo de ello es que la región jaliscoana serrana se extiende alrededor de los 2,400 Km² (Chávez, Martha, 1991).

El poblamiento es disperso, pocos son los pueblos que en la sierra concentran un número regular de habitantes. Las comunicaciones por la superficie terrena son escasas, las que se efectúan a pie o a lomo de algún equino trotador superan a las que pueden transitar *pick ups* u otros vehículos. Las temporadas de lluvias reducen considerablemente las posibilidades de salir o entrar en la región y aun las de ir de una a otra ranchería. Todos estos condicionamientos contribuyen en su medida a una autosuficiencia de las unidades domésticas y a conjuntos de ellas; a una vida interior, a un cierto “autismo” tanto individual como grupal, a una concientización práctica del “nosotros” y, todo ello, a otro aspecto de una identidad en las montañas.

6. En regiones como la de las montañas occidentales la primavera y el verano el clima es templado y lluvioso, con un promedio de 20°C; el invierno es frío, las neblinas cubren el paisaje y son frecuentes las heladas prietas en los valles. En la ladera sur de la sierra volcánica transversal, de serranías muy abruptas de alturas muy variadas que llegan a los 4000 m.s.n.m. las lluvias son abundantes en el verano y el clima más que soportable, variando entre los 18°C y los 26°C. Por lo que respecta a la Sierra Madre del Sur, a la que pertenecen las serranías de Coalcomán y Chinicuila, los climas varían de acuerdo a las partes altas, que son templadas, a las bajas cuyas pendientes se dirigen hacia el plan de Tierra Caliente y la costa, de clima y recursos francamente tropicales.

QUEHACERES, PROCEDERES Y HABERES RANCHEROS: OTROS VENEROS DE IDENTIDAD

El trabajo, la producción e intercambio, el consumo; las actividades y diligencias que dan lugar a la satisfacción de necesidades nutritivas individuales y sociales; los comportamientos en las comidas, la culinaria, el tiempo que a ellas se dedique también satisfacen a la vitalidad y al placer.

Por su lado el proceder, comportarse en términos de asociación matrimonial, familiar, parental y regional; los cambios que en ellos se efectúan a nivel interno o por influencia del exterior; las prácticas intersexuales que derivan de roles y expectativa sociales en cuanto a relaciones por sexo y por género y, finalmente, la interacción que se basa y da sentido al lenguaje y al habla —a la comunicación en lo general— a la que no son extrañas la gestualidad, los tonos de voz, la quinética y la proxémica cuando de interactuar y asociarse se trata, favorecen, estimulan y logran hacer permanecer otros apoyos de la identidad. Entre los rancheros de la Sierra del Tigre y la de Coalcomán ello es relativamente similar.

En lo que al quehacer se refiere, la ganadería es una actividad principal y privilegiada, la agricultura ocupa un lugar complementario en la economía y la subsistencia. Estas dos tareas tienen otras como pegujales auxiliares: la cría de cerdos y chivos, aves de corral y el cultivo de frutales y hortalizas en “ecuaros” reducidos. Ante la pobreza, desposesión de recursos, dificultades o resistencia a la migración, desde hace tiempo se realizan siembras, cosechas y ventas de “mala hierba”; con el producto se asegurará, en el caso de tener éxito, vestido, sustento y acaso esparcimiento por un tiempo para la familia.

El medio físico ya descrito, las temporadas de lluvia y de secas, la existencia de recursos hidráulicos; la dimensión y ubicación de las tierras escenario de la producción, el número de brazos y manos con los que se cuenta para atender al ganado, a las siembras, a la construcción o reparación de cercos pétreos o alambradas; el número de potreros posibles para dividir física, técnica, temporal y necesariamente las diferentes labores y el hecho fundamental de si se tiene liquidez o no; si se es propietario de tierra y/o ganado o si no se es dueño de algo más que su

fuerza de trabajo, condiciona el quehacer y con él la igualdad o desigualdad social, una mayor o menor autenticidad en el lugar que se ocupe dentro de la estructura y la organización social, y la vehemencia que cargue a la identidad.

La tradición, la experiencia, los cambios generados al interior de la región ranchera o al exterior de ella que la permean y la necesidad de subsistir social y culturalmente tienen que ver con los procederes. Estos se dirigen a la asociación que implica, tanto ligas interpersonales, como conjuntos o grupos de tales ligas. La costumbre, la tradición, la situación dominante proveerá de modelos de agrupamiento con diversidad de funciones asociadas a roles preestablecidos o logrados meritoriamente por consenso.

La asociación matrimonial entre los serranos puede implicar la formalidad de un convenio entre las familias de los pretendientes; el simple, aunque persistente cortejo en tiempos de esparcimiento como los bailes, o el rapto. La renuencia de los rancheros a la inclusión de fuereños en su sociedad, la escasez en su caso de hombres o de mujeres por diferentes motivos, como el de la emigración, conduce al matrimonio entre parientes, por lo común primos cruzados y hasta primos hermanos. De ahí derivan, bien nuevos lazos de solidaridad parental o bien la acentuación de diferencias de linaje y aun conflictos y males congénitos.

Las unidades domésticas resultantes, sean de carácter extenso o nuclear, se asentarán en un terreno más o menos amplio en el que cada una dominará un espacio. De acuerdo a su diferenciación o distinción en relación a la propiedad de tierra y/o ganado se ocuparán como medieros o minifundistas y terratenientes empleadores de los excedentes de mano de obra de unidades no propietarias. Los grupos de trabajo pueden integrarse, como en ocasiones las unidades domésticas extensas, con hermanos, parientes, vecinos, paniaguados, entenados y otros. El compadrinazgo es un vínculo que con frecuencia favorece el acceso al trabajo y a otros recursos.

Al interior de las unidades domésticas, como práctica generalizada, la división del trabajo es rígida en algunos casos y flexible en otros. Las labores que corresponden al hombre (arrear el ganado, lazar, herrar, capar, cazar, ocuparse de ciertas actividades defensivas y demás) son

más marcadas; las de las mujeres se amplían o se contraen a las de carácter exclusivamente doméstico.

Ya en términos de mayor amplitud del agrupamiento social, como conjuntos de ranchos, parcialidades regionales, etc., la toma de decisiones se realiza en conjunto y se establecen relaciones de reciprocidad en el trabajo productivo, la construcción de obras públicas, las demandas conjuntas a las administraciones municipales de gobierno, etc. El aislamiento en que por lo general están las unidades domésticas se subsana temporalmente —de manera práctica sólo en el tiempo de secas— con la visita a parientes, las reuniones en bailes, festejos del sacramental (bautizos, comuniones, confirmaciones, matrimonios y demás), la salida a vender o a comprar a centros del exterior, la integración a peregrinaciones y otras maneras de olvidar el “viva mi desgracia”.

En una u otra forma el medio físico, las condiciones climáticas, las dificultades de comunicación, la limitación de recursos, las disposiciones sociales convencionales para la integración y muchos otros elementos hacen variar la estructura y la organización y las funciones sociales durante el año; sobre todo en el caso de buena parte de la ranherada de la Sierra del Tigre. La variabilidad en el número de individuos, el cambio en el ritmo cotidiano de vida, la mengua o inexistencia de la vida festiva y ceremonial, la interacción reducida a las unidades domésticas temporales en detrimento de la efectuada a nivel comunal, trastoca y pauta en bases duales la organización social y la estructuración correspondiente. Esas menguas e incrementos temporales de las relaciones e interacciones sociales, esos enclaustramientos y aislamientos frente a la apertura y el acompañamiento de la vecindad, por no muy cercana que se encuentre, algo significa y condiciona respecto a la identidad.

Las cuestiones del quehacer y el proceder se relacionan con lo que, a través del tiempo y del estar y dominar el espacio por generaciones, invitan a decir y reflexionar sobre el haber o los haberes sociales y culturales que luego condicionarán otros aspectos referentes a la existencia de los ranheros.

Los haberes materiales de los ranheros, territorio, espacios de pertenencia particular, desde extensiones regulares a minifundios que apenas permiten la crianza de hatos de 20 bovinos; ganado, aves, ranchos y

demás materialidades datan, en la Sierra del Tigre, desde tiempos coloniales, cuando tales ámbitos geográficos no eran precisamente apetecibles y disputables para los grandes agricultores y ganaderos, tampoco para los buscadores de metales preciosos y mucho menos para los que esperaban obtener mano de obra: la población indígena que habitaba las sierras era mínima, prácticamente inexistente. Los bienes obtenidos por medio de mercedes reales y otros recursos legales constituyeron la base para los asentamientos originales y para motivar y expandir gradualmente la ganadería. Desde entonces el sentido de propiedad privada está muy enraizado en la mente y el proceder de quienes la detentan y de aquellos que aspiran a su obtención.

Al cabo de siglos la herencia, la compra-venta, el despojo y todo recurso legal o ilegal que lleve a la posesión de ese y otros bienes ha dejado predios de todo tamaño en tierras de agostadero, cerril y erial o tierras vanas; ha constituido una sociedad de propietarios y desposeídos; en la actualidad, más de la mitad de la población regional carece de tierra o de ganado o de ambos. Tal situación da origen a la diferenciación social interna y a las posibilidades de escalar socialmente por otras vías conve-nidas. El haber bienes o buscar haberlos es motivo de conflictos frecuentes que en varias ocasiones llevan al homicidio o a otros actos criminales aun entre parientes cercanos. El ejido, enemigo más ideal que real, llegó a una de las fronteras serranas, precisamente en las que los rancheros no utilizaban ni pretendían: las del plan de Tierra Caliente.

Mas otro tipo de haberes, más apegados a la significación de ser por haber sido antes, más conducentes a la autopercepción de los "otros" como diferentes y opuestos, definitivamente alentadores de la identidad entre y sobre las montañas, son los de carácter histórico, tradicional y cultural. La memoria; difícil y raramente el registro escrito de la ascendencia, de la pertenencia a linajes por descendencia ancestral, el recuerdo de al menos tres generaciones hacia atrás de "ego"; el conocimiento y reconocimiento de legitimidad y derecho por sucesión otorgan a tales hechos la calidad de historia, de tradición, de verdad.

Esa verdad ampara el ser criollo-mestizo exhibible en fenotipos diferentes y contrastantes que dan tangibilidad a la identidad. Esa verdad también supone clasificar al prójimo extraño, al vecino no ranchero, en

categorías como “el gobierno” y sus instancias, las diversas “policías”, “los ejidatarios” y “los indios” (Cfr. Barragán, E., 1990: 51-55).

La religión, las formas peculiares de su práctica; la educación formal auspiciada por el Estado y sus condiciones; la dificultad para el ejercicio de ellas en manos de fuereños. La angustia de los que están o se sienten marginados, la voluntad de trascendencia de los rancheros ante un mundo en buena medida adverso y atentatorio de su integridad, paradójicamente por la llegada de comunicaciones, de modernidad y de progreso constituyen, sin embargo, un poderoso acicate para implementar su existencia y trascendencia.

MEDIOS, MODOS Y RESGUARDOS DE PRESERVACIÓN PARA LA IDENTIDAD

Como es relativamente común a toda sociedad y agrupamiento humano; como conducta originada en nuestra natura biológica y animal a la que se han entrelazado, sobrepuesto y superado *modus operandi* de orden significativo-simbólico, los rancheros han provocado, mantenido (vía la resistencia, la adaptación o el cambio) y dinamizado (en cierta forma), maneras de seguir siendo a través de la memoria, el interjuego de su realidad y su representación e internalización en el presente, y los supuestos que, en términos de conciencia –tanto práctica como reflexiva– se traducen en formas varias de identidad. El aprendizaje –y el aprehender–, la educación, la instrucción, el adiestramiento y demás formas de mecanismos fundamentales de adaptación, que tienden y persiguen trascender condicionamientos, tanto biológicos como espaciales y temporales con fuerte dependencia en el lenguaje y otras formas de comunicación, proveen a los rancheros en primer lugar de esa memoria, de maneras, prácticas y procederes de internalización, de almacenamiento de la cultura.

Entre los rancheros –como entre grupos indígenas y otros de distintos orígenes– la cultura no es más que una acción apoyada en un comportamiento aprendido y compartido en el hacer directo y en su significación. En la sierra es así como se aprende a aprehender, a actuar a partir de la participación, de la observación, la interacción y la asociación. El ciclo de vida, que implica temporalidad, discurre desde la infancia en la formación

gradual de una identidad, primero en el seno familiar –sea éste nuclear o extenso. Ahí se adquieren, desde que se es capaz de llevar al cabo pequeñas tareas, distinciones de sexo y de género. Por muy rudas que puedan ser ciertas tareas varoniles o mujeriles, niños y niñas se incorporan gradualmente a ellas. Encargarse de asistir a la madre en sus tareas domésticas, que implican un cuidado de los hermanos menores; intervenir en la cocina, el aseo del rancho, procurar a los animales del corral, alimentar al ganado o participar en la elaboración de quesos no es extraño para las mujeres a partir de entre los siete y diez años. Los varoncitos son ocupados en ciertas tareas de ambos géneros hasta cierta edad, quizá hasta la pubertad, a partir de la cual son, de hecho, tratados como verdaderos adultos. No es raro –mayormente entre los rancheros con mayores recursos– que varones de doce años ya porten, conozcan el uso y usen armas de fuego.

Observando a los adultos, a lo que ellos observan y comentan, se aprende desde temprano cómo comienza y sigue el temporal a partir de la distinción de los tiempos del año, de su administración en secciones estacionales, mensuales, semanales y cotidianas. Dentro de ello, y según se trate del presente laboral o del por venir, a establecer lo que se entiende por lluvia, temporal, ciclón o “verano”, a atender si la canícula comienza con agua o con tiempo seco, a determinar el tiempo propio para castrar en función de la gradual presencia o ausencia de la luna. Todo ello culminará, como parte de todo un sistema, en la vejez, con la probabilidad de predecir el tiempo y los acontecimientos futuros.

Mas, si la lectura del tiempo resulta vital para lo que ha de acontecer en el plano terreno, no lo es menos lograr distintas leídas del paisaje; ahí se encuentra un texto que a través de rugosidades, tersuras, accidentes, vegetaciones y direcciones cardinales indicadas por posiciones del sol, otras estrellas y planetas darán a conocer derroteros cortos y seguros para trasladarse a otros lugares, sitios oferentes de animales cazables, plantas y frutos comestibles recolectables, albergues de cultivos vedados o parajes donde los habitantes pueden no ser amigables.

La viabilidad, la solidez y la presteza de estos conocimientos no son ajenas a la docilidad, la obediencia, el reconocimiento y el respeto que se tenga para “los otros del nosotros”, desde los menores, los iguales en

edad, los adultos y especialmente los mayores. Por otro lado, desde el uso de razón todo individuo tendrá que aprender a observar conductas diferenciales de acuerdo a las jerarquías establecidas, además de por edad y sexo, por posición social, laboral y de ascendencia. Para esto último asisten, por lo común, el recuerdo de los antepasados y el registro oral, a veces escrito, de las generaciones precedentes. Sobre todo ello toma un papel primordial el respeto a las imágenes y a lo sagrado, la observancia de los valores y normas de la religión.

La educación sin duda mayormente efectiva, por su regularidad y perseverancia, es la que proviene de la sociedad ranchera misma a partir de la familia. Ciertamente también lo sería la que puede venir de la Iglesia por medio del cura y en menor grado la que se obtendría del maestro procedente de la acción del Estado. Sin embargo, en la sierra, aunque la mies no es mucha, está muy dispersa, y como los obreros son no sólo pocos, sino raramente dispuestos a recorrer las montañas para catequizar y administrar el sacramental, caso que es similar a los obreros de la enseñanza encargados por el gobierno, los efectos de las formalidades educativas religiosas y laicas son mínimas frente a los que supone la informalidad de los rancheros. En esta forma, la personalidad entera del ranchero, que se refiere a todos los aspectos corporales y mentales; la inteligencia y los conocimientos, los modos y la buena crianza, las habilidades y destrezas que lleguen a tener sus personas proceden, se procuran y se transmiten por los propios rancheros. Esto supone otro importante venero de identidad que han condicionado las montañas y el relativo aislamiento.

✓ Aunada a la cuestión del aprehender de una variedad de medios se presenta la que se refiere a los modos en que aquélla se verifica. Realmente la presencia del juego entre la rancherada es innegable. Juegan, y mucho, cuando son pequeños, con juguetes elaborados manualmente luego de ser urdidos mentalmente. El juego persigue, en términos de una acción que se ejerce con miras a sí misma y sin atender a su finalidad o por el resultado que deriva, una satisfacción placentera. Tal contentamiento supone y se basa distintiva, gradual y temporalmente de acuerdo a la edad y a la voluntad. Mientras se es menor se juega aun con el trabajo encargado por algún mayor; en el momento en el que se debe trabajar el

juego es excepcional, poco cotidiano, se le opone al trabajo, considerado como operación desagradable y penosa.

Un sentido segundo que el juego tiene para los rancheros es el de arriesgar en cierta forma. Ahí interviene el momento de sembrar, de comprar o de vender el ganado, de hacerse o deshacerse de propiedades, de atenerse al alimento que provea la cacería, los productos del corral, de la venta de queso y demás para la subsistencia... de buscar seguridad enfrentando la inseguridad de entrar en las lides de la *canabis indica* y otras aventuras, como la emigración al norte. El juego que en realidad todos juegan y cuya significación responde fundamentalmente a las convenciones sociales particulares en la intimidad ranchera y a aquellos lineamientos procedentes de la sociedad exterior es un juego que está acotado por reglas; por una especie de normatividad que otorga al jugador elegir relativamente, entre estrategias posibles, la que le asegura la mayor ventaja.

Como resulta en la sociedad en general, aunque en cierta forma entallada a las particularidades rancheras, este tipo de significación del jugar comprende, por un lado, una limitación en cuanto se refiere a las elecciones que las propias reglas imponen a la actividad del jugador; es decir, algo así como el "así no se vale". Por otro lado, y en contraste, el carácter no precisamente estricto de esas reglas, es lo que permite una elección entre varias formas posibles de proceder en el juego y, casuísticamente, la determinación eventual del mejor proceder. La violación de las reglas sobreentendidas deriva por lo común en el conflicto, la violencia y la eliminación moral o corporal del violador. Todo ello implica –a la par del capital cultural incorporado vía la educación y el aprendizaje– la existencia de resguardos sociales y culturales, de formas vitales de defensa, otra vez hacia los otros del "nosotros" y "los otros" del exterior. Una primera instancia consiste en la clasificación y cualificación ya mencionada de la composición significativa del mundo externo: el gobierno, las diversas policías, los ejidatarios –por principio deshonestos y oportunistas– y los indígenas, los seres más opuestos, contrastantes e ignorados por los criollo-mestizos rancheros.

En términos de defensa ante lo desconocido, inevitable o incontrolable, lo relativo a lo sagrado, a la divinidad, su benignidad y protección o

su justicia, se presenta la religiosidad procurante de la obtención de que Dios no les dé, sino que “los ponga donde hay”, que les facilite a los peticionarios trabajo para ellos y sus allegados. Mas las concepciones del alcance del poder divino habrán de ajustarse con los cambios que la materialidad y la mentalidad social sufren de acuerdo a los cambios procedentes del exterior. Ese otro mundo, por múltiples vías, comenzando por las crecientes comunicaciones de todo tipo, causa numerosas perturbaciones en el quehacer, el proceder, el haber; en los medios, los modos y las formas de preservación social y cultural, junto con la identidad que implican.

Y como el exterior se extiende a numerosos ámbitos de lo nacional y de lo internacional, y supone desde cambios en la materialidad del proceder laboral, la indumentaria y la expresión corporal, hasta la adaptación y adopción de nuevas pautas culturales, valores, usos y costumbres; el interior, la intimidad, el rosario de factores originales de la estructura, las funciones sociales, la ideología y las prácticas más adaptadas a las condiciones terrenas y sociales parecen irse refugiando cada vez más en sus nichos ambientales y en sus “nichos” devocionales, aquellos que vía imágenes, exhiben simbólicamente las tradiciones y los mitos como verdades, las necesidades de amparo extraterreno y la satisfacción a toda una retahila de exigencias que las propias formas de organización, la herencia cultural y la cosmovisión ranchera contenida en ese paisaje erizado de montañas imponen.

La integridad de los grupos, desde la familia, la atención a los productos anormales consecuencia de su endogamia, la solución sobreentendida a los conflictos intraparentales, el enfrentamiento a las fuerzas amenazantes del exterior, la defensa ante la enfermedad y las muertes violentas, junto con muchos otros aspectos integrantes de una configuración dinamizada con el tiempo parecen hoy por hoy tener, como quizá siempre o quizá novedosamente, a la identidad como baluarte.

Los rancheros serranos de estos ámbitos del occidente nacional, como muchos otros rancheros que se extienden hacia el septentrión nacional y son comparables a otros allende la frontera, por más que parecen estar aislados y fuera de las concepciones de terruño, “matria”,

“patria”, nación y demás son innegablemente parte de un “nosotros genérico” que habrá que explorar, más en términos de objetividad y reflexión que en los de subjetividad y pragmatismo elemental. Son piezas de un macro rompecabezas que nos situará a “nosotros” en nuestra propia identidad.

BIBLIOGRAFÍA

ABAGNANO, Nicola, *Diccionario de filosofía*, FCE, México, 1987.

BARRAGÁN, Esteban, *Más allá de los caminos*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1990.

CHÁVEZ, Martha y Esteban BARRAGÁN, “Tiempo y espacio entre los rancheros jalMichanos” en *Relaciones* No. 54, El Colegio de Michoacán, 1994.

DE LA PEÑA, Guillermo, “Evolución agrícola y poder regional en el Sur de Jalisco”, *Revista Jalisco* I, Guadalajara, 1980, pp. 48-55.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, “Michoacán: lagos azules y verdes montañas”, monografía SEP, México, 1980.

HALL, Eduardo T., *El lenguaje silencioso*, Colección Los Noventa, Conaculta-Grijalbo, México, 1992.

LAMEIRAS, José, “Región e identidad” (M.S.) *Seminario sobre región* CIESAS-Sureste, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 1992.